

**«Le presento a Antoine de Saint-Exupéry,
es aviador»**

Benjamin Crémieux acababa de dar su primera conferencia en los salones de los Amigos del Arte. Se había reunido allí toda la buena sociedad de Buenos Aires. Todo el mundo hablaba de la revolución.

—Son muy amables —me dijo Crémieux—, me gustaría quedarme aquí algunas semanas, pero empiezan a darme miedo con su revolución. Parece que se divierten hablando de ella. Quizá creen que una revolución no tiene víctimas. He sido soldado en la Primera Guerra Mundial y no me gusta el ruido de las balas. Soy de naturaleza tranquila —añadió acariciándose la barba—. A propósito, ¿quiere venir a mi hotel a mediodía? Me gustaría presentarle un amigo francés muy interesante. No me dé plantón, la espero.

En los salones del hotel ofrecían un cóctel en honor de Crémieux y se hablaba de unas cosas y de otras, pero siempre se volvía a la revolución. Me parecía, incluso, que esa revolución tardaba mucho en llegar.

—¿Para cuándo es la suya? —decía uno, bromeando.

—La mía es para el jueves, me apuesto lo que quiera —respondía otro.

Miré la hora y decidí irme sin despedirme de Crémieux, temiendo que alguien me retuviera. Cuando estaba poniéndome el abrigo, un hombre moreno, muy alto, irrumpió en el vestíbulo del hotel. Vino directamente hacia mí y me agarró la manga del abrigo para impedir que me lo pusiera.

—Se va usted ya y yo acabo de llegar. Quédese unos minutos.

—Pero tengo que irme, me esperan.

Crémieux apareció y, asomando los dientes en medio de una barba negra, señaló:

—Sí, sí, quédese; es el amigo que le había prometido. Le avisé en el barco de que le presentaría un aviador y que seguramente le iba a gustar, porque es un hombre que ama tanto como usted América Latina y, aunque habla mal el español, lo entiende muy bien. Se volvió hacia el hombre moreno cogiéndome del brazo con una mano mientras, acariciándose la barba con la otra, le dijo:

—Es muy española, ¿sabe usted? Y cuando una española se enfada la cosa es seria.

El hombre moreno era tan alto que yo tenía que elevar los ojos al cielo para verle.

—Benjamin, no me habías avisado de que había mujeres tan bonitas. Te lo agradezco.

Después, volviéndose hacia mí:

—No se vaya, siéntese en este sillón.

Y me empujó de tal manera que perdí el equilibrio y me encontré sentada. Él se disculpó; yo no pude protestar.

—Pero, ¿quién es usted? —dije por fin, intentando llegar a la alfombra con la punta de los pies, porque me encontraba prisionera en un sillón demasiado profundo y demasiado alto.